

único bien. Entonces las pasiones naturales desenvolviéndose todas á su favor, cási llegaban hasta el exceso opuesto, y queria con un defecto remediar el contrario. Como la balanza que tiene el fiel muy pesado, que ya cae toda hácia un lado, ya toda se va hácia el otro, sin hallar jamás el punto de su justo equilibrio¹; así era el Conde en todos sus movimientos. Mas Miseno con circunspeccion y prudencia, ya le aceptaba, ya le reprimia los obsequios, manifestándole como todo lo que era exceso venia á ser defecto, porque no hay virtud donde falta la moderacion. En estas conversaciones iban llegando á Iconio, cuando un inopinado acontecimiento les hizo parar en el camino.

LIBRO XXI.

Ejercitanse los soldados del Sultan de Iconio en escaramuzas, y una saeta perdida hiere al Conde, núm. 1.— Descúbrese Efigenia, que era el soldado disfrazado que le hirió.— Motivos que tuvo Efigenia para esta accion, núm. 3.— El Conde asienta plaza para acompañar á Efigenia.— Le sigue Neucasis.— Júntanse las furias, y la tristeza acomete á Miseno.— Da el Conde cuenta á Miseno de haberse alistado en los ejércitos del Sultan.— Repruébalo Miseno.— Llega Efigenia disfrazada.— El Conde se perturba, y Miseno lo nota.— Mustafá declara á Miseno las causas de aquella guerra.— Discurso sobre la ceguedad que causan las pasiones.— Efigenia y Neucasis convienen en que el Conde se rebelde á Miseno.— Se despide el Conde insolentemente.— Miseno disimula.— Vanse el Conde, Efigenia y Neucasis.— Quédase solo Miseno.

1 Ya las tropas del Sultan tenian aviso de partir á la Armenia Menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas barracas. Ya por uno y otro lado del camino que Miseno seguia se ejercitaban en justas y torneos los soldados de á caballo, y los honderos y flecheros que competian entre sí, se proponian premios para el que sobresaliese en los ensayos, y diese á conocer ser distinguido su mérito. Hé aquí que entre estas escaramuzas vino á herir al Conde una saeta perdida: parte luego como un rayo, y corre á vengarse del atrevido que de léjos le ultrajaba. Huyó el malhechor aparente simulando el crimen

¹ Balanzas hay que tienen este defecto, que sus pesas ni gobiernan ni cogen equilibrio, antes bien se precipitan ahora hácia un lado, ahora hácia el otro. Esto les viene de tener el fiel muy pesado, sin tener en la parte inferior contrapeso que haga caer el centro de gravedad debajo del centro del movimiento.

y el miedo, y cuanto mas se retiraba, tanto mas furioso le perseguia el Conde con la espada desnuda, ardiendo en cólera, y arrojando espuma de rabia. Síguete, corre, vuela, hasta que al fin alcanza al enemigo en la carrera; y cuando iba á derribarle, estando ya en la espésura de un bosque, se vuelve al Conde, quítase la visera, y sonriéndose le dice con desembarazo: Bien podeis herirme y matarme á vuestro gusto, porque la muerte me será preciosa, y suaves las heridas. Párase el Conde admirado, y como cuando se rasga una nube espesa y aparece una luz repentina que nos aturde y nos deja inmóviles; así se vió el Conde con la no esperada belleza de su imaginado enemigo. No sabia dónde estaba, ni lo que veia, ni con quién hablaba.

2 Era Efigenia hija de uno de los príncipes latinos de Palestina, que por infelicidades sucesivas habia sido cautiva de Soliman, y despues con esclavitud nueva se hallaba prisionera de los ojos del Conde, á quien amaba desde el punto que le vió en Iconio. Esta señora, cuyo nacimiento le habia dado una alma fogosa y atrevida, viendo al Conde, le quedó inclinada. Sabe que disponia su viaje para *Palestina*, é inmediatamente se le enciende el amor á la patria y el deseo de su libertad nativa; de modo que tres pasiones á un tiempo agitaban aquel corazon turbado: el amor al Conde, el deseo de la patria, y el ansia por la libertad natural. Otro incidente habia aumentado de nuevo sus esperanzas, é inflamado mas sus deseos; porque Elena sabiendo de su suerte, le habia prometido libertarla de la esclavitud y del destierro.

3 Todas estas ideas habian quedado frustradas con la ausencia intempestiva del Conde y Elena; mas no pudo este suceso sufocar las pasiones, ni extinguir las ansias en que aquel corazon ardia. Como embarcacion pesada y voluminosa, que antes de tomar movimiento fácilmente es detenida con cualquier amarra, mas si una vez se abandona á la corriente por largo espacio, sigue veloz su ímpetu, y ninguna fuerza es bastante para pararla; de forma que todo lo arrastra tras sí, todo lo rompe, todo lo vence, y de todo triunfa; así era Efigenia. Habia sufrido tranquila prisiones, hierros, y el destierro de su patria; mas una vez puesta en movimiento para volver á ella, nada podia sosegar su corazon inquieto, nada podia detener sus ímpetus. Disfrázase de hombre, se acostumbra á la saeta y á la honda. Y en la confusion que la ofrecia la guerra, intenta restituirse á su patria en traje de soldado. Este dia fue cuando vió al Conde impensadamente. Entonces astuta al mismo tiempo que amante, que-

brada la punta de una saeta para que no lo maltrate, la pone en su arco y se la tira.

4 Apenas el Conde la reconoce, se abrasa su corazón de nuevo, y de Miseno se olvida. Toda la filosofía y la luz de la razón desaparecieron como sueño en un momento. Envaina pronto la espada, y como fiel amante responde á su dueño adorado. Protesta acompañarla y seguirla hasta los últimos fines de la tierra, si ella le permite el honor de que sea su escudero. Toma á los cielos y á la tierra por testigos; y que ninguna ley, ningun estorbo será bastante á detenerle en la pronta ejecución de todo cuanto se digne mandarle. Pídele entonces Efigenia que para salir mejor de la empresa de restituirse á su patria, tenga el Conde á bien de entrar en el servicio del Sultan para la expedición de Armenia, porque de este modo podrá acompañarla mejor sin dificultad ni tropiezo, hasta dejarla en el regazo de su familia. En el ejército, dice ella, todos me tienen por hombre, cuya edad tierna, educación delicada, y aspecto bien faccionado me dan esta figura femenil; mas yo me desprazo cuanto puedo con las insignias de guerra; de suerte, que con el nombre de *Algazar* paso por soldado voluntario, y sabed que solo vos sois el depositario de tan importante secreto. Dale al Conde una señal, por donde se había de distinguir en medio de todo el ejército, y esta fue un penacho encarnado que quitó de su capacete, y le partió con el Conde; él sin pérdida de tiempo va á presentarse al Sultan y le ofrece su espada, su persona y vida para cualquiera empresa que su ejército intentare. Acepta el Sultan con gusto y generosidad la promesa, y le regala una espada, cuyo valor igualando á la mano Real que la daba, lisonjeó excesivamente al Conde, quien se retiró con el proyecto de no apartarse jamás de las tropas á que se había agregado.

5 En todo este tiempo Miseno admirado de la tardanza no podía juzgar cuál sería su motivo. Se ofreció Neucasis ir á saberlo mientras que Miseno continuaba su jornada á Iconio, donde los esperaba. Apenas el Conde avistó á Neucasis, que iba á buscarle apresurado, lo recibió con el agrado antiguo, porque siempre le había considerado como instrumento dispuesto á contentar sus pasiones. Neucasis, hallando esta ocasión de borrar los motivos del disgusto que le había dado en la intriga de Nicea, no sabía cómo ofrecer á su servicio su vida, su industria y todas sus fuerzas.

6 Pues ahora es el tiempo, le dice el Conde, en que yo he de ver cuánto me estimais, y si vuestra industria me proporciona el socorro que necesito. Yo tengo dada palabra al Sultan de servir en las tro-

pas que marchan contra la Armenia Menor. Miseno no ha de aprobar mis intentos, queriéndome obligar á cumplir mi voto de ir á la Tierra Santa; pero yo tengo motivo particular que me precisa á no separarme del ejército. Vos me ayudaréis á persuadirle que consienta en esta empresa; y caso que no quiera, espero que me sigais fielmente con preferencia á un viejo, cuyos sistemas mas son para un ermitaño anciano y solitario, que para un caballero de mi edad, de mi espíritu, y criado en las cortes. No resistió Neucasis; y el Conde en conversacion le descubrió poco á poco su pecho, y le hizo confidente de todos sus secretos. Aprobó Neucasis cuanto el Conde decía, y ambos fueron á encontrarse con Miseno, quien despues de una dilatada tardanza caminaba á Iconio derechamente.

7 En este tiempo las infernales furias celebraban la victoria que esperaban conseguir de Miseno, á quien si no lo habían vencido, por lo menos le tenían ya arrancada la presa del Conde, con lo que habían hecho su filosofía inútil, y su doctrina infructuosa; mas al mismo tiempo la suprema Providencia le conducia de un peligro á otro, de una á otra batalla, para multiplicarle los trofeos y sembrar en otros diferentes corazones la doctrina, que ni en el del Conde ni en el de Neucasis fructificaba. Con esta idea el espíritu de la *tristeza* saliendo en forma sensible de los abismos, envuelto en una negra y espantosa nube, vino á combatirle, en el ínterin que el *amor*, la *política* y la *ambición* disparaban sus saetas contra el Conde y Neucasis, para que el héroe, atacado por todos lados, é impelido al mismo tiempo de las pasiones mas poderosas, viniese en fin á rendirse.

8 Apenas la furia aparece en la atmósfera, los aires quedan sombríos, el sol se esconde, el cielo se cubre, y todos los elementos quedan como aprisionados en una muda serenidad. De repente cesan los vientos, la naturaleza enmudece, y estando todo el hemisferio en profundo silencio, despide la *tristeza* una saeta invisible contra Miseno: ved aquí que, sin saber cómo, se halla con su corazón tan abatido, tan pesado y melancólico, que no se conoce á sí mismo. Su entendimiento nada veía sino cosas fúnebres, y como medio estúpido, ni sabía discurrir ni reflexionar. Todo era en Miseno tinieblas, todo opacidad, todo obreguez; y allá en el fondo de su alma como que comenzaban á levantar cabeza ciertos movimientos de desesperacion; mas no atreviéndose á aparecer claramente, revolvian en su imaginacion las mas enormes é importunas ideas: todo á fin de atormentarle. Présago el corazón le palpitaba con golpes extraordinarios, la sangre le hierve, el ánimo se le queja, y la figura del Conde se pin-

ta en la idea de Miseno con el mas horrible colorido que se podia inventar.

9 Estando el héroe en esta disposición, llega el Conde con Neucasis; pero ya muy mudado, pues venia alegre, risueño y satisfecho. Como general victorioso y triunfante, que acaba de conseguir una rara é improvisa victoria, que no pudiendo reprimir en sí el gozo en que su corazón se anega, afable y contento no cabe en sí mismo; así venia el Conde. Quería decir á Miseno el motivo de su tardanza; pero no atinaba con lo que decia. Ligero en todos sus movimientos y discursos, inquieto é inconstante, reia sin causa, hablaba sin propósito, y mudaba á cada instante de pensamiento. Neucasis, hecho eco de todas sus voces, y espejo de todas sus acciones, lo aprobaba todo sin diferencia, hasta lo que no acababa de pronunciar, pareciendo estar tan enajenado el uno como el otro. Ignoraba Miseno la causa de estos efectos, aunque los experimentaba, sospechando siempre alguna nueva intriga que no veian sus ojos. En fin, despues de varias y reiteradas preguntas, el Conde le dice así:

10 No extrañéis en mí esta alegría que me causa el ver que se llega el tiempo de cumplir los deseos de militar en la guerra de Palestina. Este movimiento de las armas del Sultan excitó en mí ánimo aquel ardor marcial que la sangre me inspira, y me parece que me veo ya en medio de los combates atropellando enemigos, y haciendo proezas dignas de mi valor. Para no hallarme novicio en una guerra en que tendré sobre mí los ojos de todos los príncipes que han de militar en compañía del nuevo Rey de Jerusalem, dí mi palabra al Sultan de acompañarle en esta expedición de Armenia, para que cuando llegue á presentarme en San Juan de Acre sea ya soldado veterano, y pueda sin deshonor de mi sangre manejar la lanza y combatir con los enemigos. Neucasis á cada período hacia tales y tantas demostraciones de aprobacion, que el hombre mas sufrido no podria tolerar lisonja tan desordenada y manifiesta.

11 Bien conocia Miseno que algun motivo oculto de interés los unia mutuamente, despues de una tan declarada enemistad. Entonces su corazón enfadado de tan ingrata alternativa, queria romper del todo y castigar á los dos, dejándoles seguir sus locas ideas y retirarse á Europa. Este era el pensamiento que la tristeza le inspiraba; pero Miseno se hallaba perturbado, y no sentia en sí aquel sosiego que acostumbraba tener. Temiéndose á sí mismo en este estado, pues veia que era aquel el momento de la pasión, procuró distraerse huyendo con cuidado de todo lo que podia ofuscarle la

razón, y perturbarle el entendimiento. Sin embargo, el corazón le saltaba; mas sujetándolo con toda su fuerza, comenzó á hablar con serenidad, y conversar con el Conde sobre el acampamento de las tropas, queriéndose informar al mismo tiempo de los motivos de la guerra.

12 No sabia el Conde darle la razón; y Miseno extrañó mucho que quisiera entrar en tal guerra, sin informarse primero de su justicia. Si fuérais, le decia, vasallo del Sultan, deberíais obedecer á vuestro príncipe, sacrificar por él la vida, y de ningun modo hacer os juez de vuestro soberano, ni examinar si los motivos de su guerra eran ó no justificados. La ley de la razón ordena que el inferior no se haga juez de su superior, ni que llame al tribunal de su entendimiento las acciones de un monarca, para condenarlas ó absolverlas á su gusto, y eso en última y decisiva sentencia: esta es la ley de los vasallos. Mas vos siendo un extranjero, ¿cómo quereis exponer vuestra vida por lo que tal vez será una iniquidad? ¿Os parece bien ser como los asesinos infames, que á sangre fría van á matar á sus semejantes, y esto ó porque los pagan, ó porque se lo ruegan? ¿Qué diferencia haceis vos de matar en un camino á cualquier inocente, que jamás os ha ofendido, á matar en una batalla á muchos, que no hacen mas que defender sus vidas, sus tierras ó sus derechos? El hombre en una batalla ¿es por ventura menos hombre que en su casa? ¿ú os es menos semejante cuando defiende lo que es suyo, su vida, su patria ó su derecho? Pues ¿por qué razón os alistais en ese ejército, haciéndoos enemigo de quien nunca os ultrajó, sin saber primero si os autoriza la ley de la justicia, ó el derecho de las gentes? ¿Quereis ejercitaros en la guerra? Muy justo es que lo hagais; pues no os faltarán encuentros en la Palestina, donde la Religion y la justicia lo aprueben, y donde el honor y la palabra os obliguen. No podia tolerar el Conde esta advertencia de Miseno, y sin responder palabra, era mucho lo que decia en el modo con que lo ejecutaba.

13 En este tiempo llegó Efigenia acompañada de Mustafá, comandante de un destacamento en el cual servia el soldado fingido. Venia Mustafá á cumplimentar al Conde por el honor que adquiria de tenerlo en sus tropas. Era este turco un hombre de buen juicio, pero presumido. Gustaba demasadamente de las alabanzas, y era fácil llevarlo por la lisonja á cualquier intento. Efigenia le habia ganado la voluntad, de modo que nada le negaba de cuanto le pedia. Él ignoraba quién fuese aquel gallardo soldado; pero su agrado,

política, atención y presteza para todo lo que él deseaba, le habían merecido una firme amistad. En el modo con que el Conde respondía á Efigenia disfrazada, conoció Miseno que allí había intriga; vióle perturbado en presencia de aquel soldado: vió que quería disimular sus afectos, pero que el corazón los insinuaba. Las palabras iban dirigidas á Mustafá, mas los ojos se encaminaban á aquel que parecía un soldado raso. Hablaba como máquina, cuyo muelle está desconcertado: ya paraba, repetía, y consigo mismo se enredaba, porque el alma, principio de todos los discursos, se le huía del corazón volante y ligero, y de este modo la lengua que hablaba al comandante se hallaba sin gobierno. Efigenia ó *Algazar* procuraba encubrir las faltas del Conde, y de tal modo aturdió á Mustafá con varios elogios de ambos, que no daba lugar á que se reparase en el Conde el desorden de sus discursos fríos é inútiles.

14 Miseno en silencio lo observaba todo, veía la alegría del Conde, y el alborozo de sus ojos, gestos y movimientos: mas prudente y sufrido observaba, y todo lo guardaba en el gabinete de su corazón, y en el entre tanto se decía á sí mismo: cada vez conozco mas á los hombres: cada dia me puedo gobernar mejor en mis acciones, porque este es el principal fruto que ha de sacar cada uno del conocimiento de los otros: inútil es fatigarse el entendimiento con la crítica severa de los defectos humanos: inútil es imaginar bellos sistemas, formar ideas fabulosas y repúblicas platónicas, porque su bien aparente solo sirve de hacer mas insufribles los verdaderos males que en este mundo nos cercan: siempre el mundo ha de ser mundo, y los hombres han de ser hombres; mas como nuestra propia felicidad debe ser el fin de nuestras acciones, nosotros del conocimiento de los defectos ajenos debemos sacar dictámenes para evitar los propios; por cuanto sacar bien del mal, es el ápice de la verdadera filosofía.

15 Observó Mustafá el silencio de Miseno, y su figura y prudencia le interesaron de manera, que tuvo curiosidad de tratarlo; y así entró en conversacion con él. De una á otra materia le fué Miseno conduciendo, hasta llegarle á preguntar el motivo de aquella guerra en que veía empeñado al Conde con inopinadamente.

16 No hizo Mustafá misterio de lo que ya no era secreto, y le dice de aquesta suerte: Para instruiros en los motivos de esta importante guerra, es preciso descubrirlos su origen, que viene de muy léjos. No penseis que Soliman de Rovadin, mi señor y sultan de Iconio, tiene el mas leve resentimiento contra los cristianos, no obstante la memoria de los estragos que Federico I, emperador de Alemania, hizo en

todos sus Estados. Bien sabeis que cuando él iba á la guerra de la Palestina, donde se esperaban Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo I, rey de Inglaterra, el Emperador, como si fuese un rayo abrasador, redujo los Estados de Iconio á su última ruina¹. Tampoco ignorais que no pudiendo sufrir el cielo vengador tanta iniquidad, le arrancó la vida con las saetas temibles de la omnipotencia, que son las enfermedades y desgracias²; pero acabó en el pecho del Sultan el sentimiento, cuando el enemigo acabó la vida, viendo que su hijo segundo, el Duque de Suabia, había evacuado los Estados de Iconio, y llevado el rayo de la guerra á San Juan de Acre ó Ptolemyda, ciudad en las costas de Fenicia³.

17 Mas ahora quiere Rovadin enseñar á los mortales cuán superior es á sí mismo, tomando las armas para defender á un príncipe cristiano, que es el Conde de Trípoli, el cual se ve injustamente despreciado de Leon ó Liuron, rey de la Armenia Menor; y yo os diré el origen de toda esta cuestion.

18 Teodoro, rey de la Armenia Menor, que queda vecina á Siria, no tenia hijos, y su hermano Melier era templario. Deseaba Teodoro dar sucesor á su corona, y viendo que su hermano habia consagrado su castidad con solemne voto al cielo, dió su hermana en matrimonio á un caballero latino, y nombró á su hijo Tomás por sucesor de Armenia. En efecto, Tomás llegó á empuñar el cetro por la muerte de Teodoro su tio. Brillaba demasadamente á los ojos de Melier la corona que ceñía la cabeza de Tomás, y sus resplandores le deslumbraban, porque estaba muy cerca de ellos. Entróle por los ojos el mal al corazón, y tambien este quedó ciego, de suerte que no podia ver el cielo ni la tierra; solamente se presentaban á su vista las imágenes del cetro y la corona: y así se determinó á empuñar aquel, y ceñir con esta á toda costa su cabeza. Bien veía que la justicia ofendida clamaba, que la sangre lo impedía, que la Religion lo vedaba; pero nada fue bastante, porque la pasión y deseo de reinar le arrastraban. Reniega en fin de su Religion; y perjuro contra el cielo, falso á su propia sangre, hecho horror de las leyes mas sagradas, y escándalo de todas las gentes, hace guerra á su sobrino para destronarlo.

¹ Con un ejército de 150,000 hombres le ganó dos batallas consecutivas, le tomó muchas ciudades, y á Iconio por asalto año 1189. (*Ab. Choysi*).

² Bañándose Federico I Barbaroja en el rio Cygno, se ahogó dia 10 de junio de 1190.

³ *Ab. Choysi*, año 1190.

19 Entonces Saladino, sultan de Egipto, que no escrupulizaba manchar su gloria con cualquier indigna empresa; ese Saladino, que hacia de su ambicion ley, de su fuerza justicia, y de sus arcs regla derecha para juzgar como queria, dió grandes socorros á Melier, y arrojó del trono á Tomás¹, y juntando á una iniquidad otra mayor, con la misma justicia entró por Antioquia, y llegó hasta las puertas de Jerusalem. Entonces fue preciso que Almerico, rey de Jerusalem², y Bohemundo III, príncipe de Antioquia³, saliesen á refrenar su ímpetu. En ese tiempo el cielo tuvo por bien de libertar á la tierra de un mónstruo que la deshonoraba, y pereció Melier; mas no acabó con él la semilla de las perturbaciones que su accion indigna habia producido en el Oriente, porque Bohemundo, sobrino de Guillermo, último conde de Poitiers y de Auvergne, duque de Aquitania en Francia, era príncipe muy sensible á las injurias, y que las guardaba en el depósito de su corazon para tiempo oportuno.

20 Aconteció, pues, que por la muerte del tirano Melier le sucedieron otros dos en la Armenia: porque por los males como los árboles viciosos, que cuando se les corta un ramo brotan otros muchos. Dos hermanos, pues, Rupin y Leon se apoderaron de Armenia: Rupin, como mas viejo, ciñó la corona, y Leon se contentó por entonces con el deseo y la esperanza de ella. Quiso Bohemundo vengarse en estos tiranos de la insolencia que su predecesor habia usado con él; y llamando á Rupin con pretexto de amistad, apenas lo tuvo en los Estados de Antioquia, le mandó prender y encerrar en una triste cárcel. Sintió Leon esta falsedad de Bohemundo y la injuria del hermano: sin embargo, entró sin mucho disgusto en el gobierno de Armenia como régente de sus Estados, ínterin que Rupin estaba preso.

21 Apenas entró, lo primero que hizo fue empezar á tratar de las condiciones sobre la soltura de su hermano de la prision, para no llegar al rompimiento de una guerra declarada; y como no convenia fiarse de embajadores, persuadió á Bohemundo que con escolta de-

¹ Año de 1158. (Véase *Arte de verificar las datas*).

² *Almerico II de Lusignan era rey de Jerusalem* desde el año 1196, por su mujer *Isabel*, viuda de *Enrique*, hija de *Almerico I*, rey de *Chipre*; reino que *Ricardo*, rey de *Inglaterra*, vendió á su hermano *Guido de Lusignan*. Murió año 1207.

³ *Bohemundo III*, llamado *Bamba*, hijo de *Raimundo II*, conde de *Poitiers*, y príncipe de *Antioquia*: bajo la tutela de su madre *Constanza*, á la que se le adjudicó el principado de *Antioquia* por hija de *Bohemundo II* y de *Alix*, sucedió *Bohemundo* á su padre año 1149, y murió el 1204.

cente quisiese avistarse con él en el lugar que le pareciese mas propio. Convino Bohemundo; mas Leon jugando diestramente con las mismas cartas que él habia jugado, á pesar de la escolta que llevaba, le sorprendió, y sorprendido le metió en otra cárcel bien asegurado, segun convenia á semejante preso. Á esto se siguió pactar Bohemundo desde la cárcel, ofreciendo libertad por libertad, la de Rupin por la suya propia; pero Leon, que no solo queria vengar el agravio, sino trabajar tambien por sus propios intereses, despreció la oferta, y solo convino en ella con las condiciones siguientes:

22 1.^a Que Bohemundo habia de casar á su hijo mayor, heredero de sus Estados, con *Alix*, hija única de *Rupin*, rey de *Armenia*. 2.^a Que este Príncipe y sus descendientes se contentasen con sus Estados paternos de *Antioquia* y de *Tripoli*, renunciando todo derecho á los Estados de *Armenia*.

23 Con facilidad se consiente en todo cuando la necesidad obliga. Bohemundo, que no podia comprar su libertad á menor precio, en nada puso duda, y firmó este contrato con toda solemnidad. Así salieron de la prision ambos Reyes; mas Leon, aunque devolvió el gobierno á su hermano Rupin, aun se consideraba como soberano de *Armenia*, porque sabia que despues de su muerte ninguno le podia disputar aquel Estado. Muerto, pues, Rupin, quiso entrar Leon en la posesion del reino armenio; mas no tardó Bohemundo en reconocer su yerro y la injusticia que habia cometido, privando por aquel contrato forzado á su hijo y nieto de los Estados armenios que le venian por derecho, á causa de ser *Alix* heredera de todos ellos. Arrepentido, pues, del contrato que hizo, quiere retroceder; y para eso dió el condado de *Tripoli* á *Raimundo* su hijo segundo, quedando así el primer hijo precisado por este medio á buscar su patrimonio principal en los Estados de *Armenia*: y empeñado *Raimundo* en poner en posesion de ellos á su hermano para gozar en paz el condado de *Tripoli*, que sin eso no lo podia poseer. Por esta diligencia acomodó á los dos hijos, é hizo en los dos hermanos una duplicada fuerza para mantener en *Armenia* á *Bohemundo IV* su hijo, de quien y de *Alix*, sobrina de Leon, ya habia nacido en este tiempo *Rupin II*.

24 No eran estas disposiciones conformes á las ideas de Leon, el cual ambicioso habia suspirado por la hora y momento en que habia de empuñar el cetro, y se determinó á expeler á fuerza de armas á *Bohemundo IV* y á su hijo *Rupin II*. En este conflicto, el Conde de *Tripoli* para sostener la causa de *Bohemundo* su hermano y de *Rupin* su sobrino, solicitó la proteccion de *Soliman de Rovadin*, mi se-

ñor, quien bien enterado de la justicia de la causa, nada quiso esca-
sear para darle un socorro poderoso. Con este proyecto va á asolar
la Armenia para enseñar así á Leon, que no es lo mismo tener am-
bicion de reinar que tener derecho á la corona. De esta suerte fina-
lizó su respuesta Mustafá.

25 Miseno con un juicio tan superior á los demás, como lo es el
empinado cedro respecto de los humildes árboles que le rodean, mi-
raba éstas razones por el aspecto que los entendimientos rateros no
las veian, y con un modo urbano le dice: Muy buenas parecen, ami-
go, vuestras razones. El amor de vuestro Soberano os obliga á apro-
bar lo que él hace, y á que veneréis sus órdenes supremas como co-
sa sagrada; mas si me dais licencia, tendré la satisfaccion de discus-
rir con vos sobre los motivos de esta guerra en orden á saber si vos,
Conde, obraréis con prudencia, exponiendo voluntariamente por ta-
les motivos vuestra vida; vida preciosa que no se debe exponer por
cosas vanas. Dejadme, pues, que con balanza indiferente pese to-
das las razones, poniendo de una parte las que habeis ponderado, y
de otra las que por ahora se me ofrecen.

26 Bohemundo III, como sabeis, fue el primer agresor en esta
pendencia, él con falsa fe hizo prisionero al Rey de Armenia, que ja-
más le habia injuriado; á mas de este crimen faltó despues de verse
libre á su palabra real, y al solemne contrato firmado con el sello
régio. ¿Dónde está ahora aquí el honor? ¿dónde la fe pública que
se funda en él? Si un rey llega á mentir, á ser perjuro, y á enga-
ñar á quien se fia de él, ¿de quién nos podremos fiar? La palabra
de un soberano debe ser cosa sagrada, que por ningun motivo se
debe profanar. Si un monarca falta á sus promesas solemnes, ¿quién
estará obligado á guardar las suyas? Ved aquí, pues, violado cla-
ramente el derecho mútuo de las gentes, que es la basa mas sólida
y firme de toda la sociedad.

27 Prosigamos adelante: si los hombres no han de guardar su
palabra, ninguno se fiará de ellos. Quitad la confianza que un hom-
bre debe tener en otro hombre, y veréis la ruina universal del orbe
todo. Si Bohemundo no habia de cumplir lo que prometia, fue per-
juro en prometerlo, pues cuando firmó el contrato sabia muy bien lo
que firmaba. No me digais que prometió cosa ilícita, la cual no es
justo cumplir; porque bien entendido, todo cuanto prometió se re-
ducia á recibir para esposa de su primogénito á Alix, hija de Rupin,
y recibirla sin dote alguno. Bohemundo lo quiso, Bohemundo lo fir-
mó, y este fue el precio de su libertad, y el castigo de su crimen. De-

cidme, pues, ahora, ¿con qué justicia ha de faltar á su honor, á su
palabra, al cielo que tomó por testigo, y á la tierra que oyó su ju-
ramento? Luego fue falso y perjuro cuando dió el condado de Trí-
poli á Raimundo para dejar á su primogénito en la indigencia y ne-
cesidad de pretender los Estados de Armenia.

28 Vos condenais la ambicion de Leon, yo tambien la condeno.
Los dos Soberanos jugaron con armas iguales, y ambos ofendieron
la justicia y el derecho de gentes: mas la maldad de Leon ¿podrá ja-
más justificar la de Bohemundo? ¿Y cuándo fue un hombre inocen-
te por ser su contrario criminoso? ¿Por ventura es nuevo que los
que luchan en la arena pasen entrambos mútuamente, ya de una, ya
de otra parte la raya recta que les señala y divide el terreno? Este
es, amigos míos, el yerro comunísimo entre los hombres, quererse
justificar cada uno con las culpas de su contrario, como si no fuesen
bastantes las propias para hacerle delincuente: Leon es ambicioso,
mas Bohemundo lo fue antes que él; Leon fue falso y traidor, mas
Bohemundo le dió el ejemplo; Leon fue injusto en privar á su sobri-
no Rupin II de los Estados de Armenia que le pertenecian, y Bohe-
mundo lo fue tambien privando al mismo Príncipe de los Estados de
Tripoli que habia injustamente desmembrado de la corona para dar-
los á Raimundo.

29 Hasta aquí la balanza parece no está muy en equilibrio, sino
que se inclina hácia Bohemundo; añadid que Bohemundo fue el pri-
mero en insultar: que Bohemundo fue perjuro al cielo y á la tierra;
y que Bohemundo violó la ley mas sagrada entre los Soberanos, que
es la palabra real: mas Leon nada de todo esto hizo. Ved ahora, ami-
gos, hácia dónde cae mas el peso; ved el efecto de las pasiones, la
ceguedad del entendimiento humano; y como es difícil conocer la
verdad cuando se interesa el corazon.

30 Á manera del sol, cuando en un lugar disipa la niebla espe-
sa con la fuerza de sus rayos, y en otro con la vehemencia del calor
levanta nuevos vapores, forma nubes, y ocasiona tronadas, seme-
jantemente fue la respuesta de Miseno. Á Mustafá lo dejó admirado
de su prudente inteligencia, y su entendimiento se aclaró, y vió la ver-
dad; en Efigenia y el Conde causó tal perturbacion que no podian
disimular, y Neucasis con el viento de la lisonja encrespaba mas y
mas esta borrasca. En la confusion y lucha de todos estos afectos,
era forzoso que el corazon del Conde, mal cubierto con el disfraz, se
descubriese en parte, y le dejase ver á Miseno por entre el fingimien-
to cuáles eran sus verdaderos designios.

31 Mustafá todo ocupado de lo que habia dicho Miseno, no acababa de ponderar como nuestras pasiones nos engañan, y como caemos muchas veces sin advertirlo en los mismos delitos que condenamos en otros; y Miseno le explica el origen de este engaño universal, diciendo de esta suerte: Los objetos que nos son invisibles, unas veces lo son por estar léjos, otras por estar demasidamente cerca de nosotros. ¿Quién jamás, decia, se vió sus propios ojos? Y con todo, solo por ellos vemos cuanto nuestra vista alcanza. Preciso es apartarnos un poco de lo que queremos ver para conocer mejor el objeto. Ahora, pues, amigo mio, todo lo que á nosotros pertenece está demasidamente cerca de los ojos de nuestro entendimiento; y así es necesario apartarnos de nosotros mismos, y considerar nuestras acciones como si fuesen ajenas, y de este modo veremos mas bien las cosas como ellas son en sí mismas. El Conde de Trípoli está tan cierto que tiene justicia, que nada le es mas evidente. Leon por el contrario está persuadido que el Conde es sumamente injusto; solo quien está á la parte de afuera puede ver y cotejar estas cosas para decidir con equidad: mas si el Conde de Trípoli se pusiese en el lugar de Leon, ó el Rey de Armenia en el del Conde, cada uno veria que era injustísimo. Lástima es que los hombres no tengan espejos á propósito para ver sus propias acciones, pues entonces las mirarian como si fuesen extrañas, y conocerian su deformidad. Mustafá oia todo esto con gusto, y atraido de la suave conversacion de Miseno, le convidó á su pabellon, mientras partian á Armenia.

32 Entre tanto Efigenia, el Conde y Neucasis maquinaban una rebelion manifiesta, temiendo que los discursos de Miseno frustrasen sus ideas: y á manera de tres piras que ardiendo cada una con furor y soberbia, cuando mutuamente se unen y comunican sus llamas, aumentan tanto la furia que no hay quien pueda medir el atrevimiento de sus llamaradas; así aconteció al Conde junto con Neucasis y Efigenia. Levántase, y con paso intrépido, aire libre, modo insolente y frase altiva se llega á Miseno, y en presencia de Mustafá y de todos, le dice: Yo voy á la guerra de Armenia, sea ó no sea justa, porque tengo razones muy poderosas para hacer esta campaña; y ya que el cielo me ha dotado de libertad, á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones. Los consejos dados á quien los pide son prueba de una sólida amistad; mas ofrecidos á quien no los solicita, son incivildad importuna é insufrible. Ya estoy enfadado de aguantar el yugo austerísimo de vuestra compañía; ni yo necesito de pedagogo, ni vos, Miseno, teneis interés alguno en gobernar pupilos:

suplícios, pues, que de aquí adelante os dispenseis de criticar mis acciones, porque buenas ó malas, yo soy dueño de mi albedrío, y cuando yo tuviere el atrevimiento de condenar las vuestras, entonces tendréis derecho de reformar las mias.

33 Oyó Miseno la respuesta no esperada del Conde; se turbó un poco al principio: cubrióse de rubor su rostro venerable; pero haciendo fuerza á su corazon que palpitaba, le fué serenando poco á poco, y con aire sosegado, semblante alegre y palabras pausadas, le dice: Amigo, si es delito en vuestro tribunal el amaros seriamente, si es injuria hacer por vuestro bien todas las diligencias posibles, hasta exponer repetidas veces la vida, confieso que soy culpado; pero ni me arrepiento de esta culpa, ni prometo enmendarme de ella. Soy señor no solo de vuestras acciones sino de vuestro corazon, así es; me podeis aborrecer y detestar cuanto quisiéreis. Pero yo tambien soy señor del mio, y puedo, á pesar de vuestra resistencia, amaros y ser constante en el afecto que os prometí. Por vuestro amor me desterré de mi sosiego, pedisteis que lo hiciese para que pudieseis alcanzar con mis consejos la verdadera felicidad: lo cumplí; me negué á quien me buscaba para los mayores honores, y me arrojé á las ondas, solo por acompañaros en los trabajos. No lo negaréis: por mar y por tierra os he seguido, y bien sabeis que ninguna accion vuestra ha tenido poder para entibiarme este amor. En Nicea quisisteis darme la muerte, os pagué con conservaros la vida; y vida que ya teniais perdida: ninguna ofensa vuestra me hizo jamás volver atrás en el obsequio comenzado. Ahora me cerrais la puerta á que os ofrezca nuevos testimonios de mi sólida y fina amistad: no importa; me contentaré con amaros de balde, y hacer por vos y en vuestra ausencia generosamente cuanto pudiere para que seais feliz. De aquí en adelante todo mi gusto será obrar por solo el impulso de mi fiel amistad, sin el agradable atractivo de vuestra correspondencia. Yo asiento, hijo mio, que servir á un amigo es deuda, y amar á quien me ama es comercio; mas servir á quien me ofende, amar á quien me aborrece, es obrar como Dios obra, es obedecer la ley suprema que así lo ordena, y consolacion grande poder obrar de este modo. Sabed que aun así os disculpo, porque vuestras pasiones os ciegan, y en esto me veo reprendido de mi mal proceder contra quien me dió el ser. Cuando yo llevado de mis desordenadas inclinaciones le insultaba, él entonces hacia rayar sobre mí su sol, y me bañaba con la dulce y deliciosa lluvia de sus beneficios; lluvia que poco á poco fué ablandando la dureza de mi corazon, y sol que con su suave calor

me iba insensiblemente derritiendo. Así obró conmigo quien formó mi alma, y ahora conviene que ella sirva á quien la crió. Á este modo, pues, procuraré hacer con vos. No, hijo mio, no os obligo ni os ruego que me ameis, que sin eso yo os amaré como os he amado hasta aquí. Ó de cerca ó de léjos mi alma os seguirá siempre, y á fuerza de clamores obligaré al cielo á que me atienda. Trabajaré incesantemente por hacer feliz á un desgraciado; y seré dichoso si lo consigo; é igualmente seré feliz, si aunque no lo consiga trabajare con constancia en esta empresa; *porque no depende de la vuestra mi felicidad, sino del socorro del cielo y de mis propias acciones.* Permitidme que os abrace: yo me retiro.

34 Derrítese con el fuego el metal duro, endurecese á proporción el lodo blando, y tal fue el efecto que hizo el razonamiento de Miseno en los que le oían. El Conde, aunque de genio dócil, como estaba corrompido por la pasión, se endureció y entró en furor. Efigenia quedó suspensa y embargada. Mustafá por el contrario se enterneció, admirándose de un corazón tan noble, *en un modo de pensar tan generoso.* No podía Miseno reprimir las lágrimas, cuando fué á abrazar al Conde. El alma se le salía por los ojos; mas el Conde desatento, altivo, orgulloso y duro le recibió frío como un hielo, y se retiró de la tienda de campaña de Mustafá con Efigenia. Viendo esto Mustafá, quedó admirado: pide, ruega, insta é importuna á Miseno que le diga quién es; mas él urbanamente le responde sonriéndose: Soy un hombre de bien, le dice, que salí por el mundo á aprender á serlo, á costa de experiencias y trabajos. No me admiro del mal modo con que me trata el Conde, porque ya estoy bien acostumbrado á eso. Compadézcome de él, porque le veo dominado de sus pasiones, y estoy previendo algún fin desastrado. No me escandalizo, porque si yo tuviese las pasiones tan fogosas, y tan poca experiencia como él tiene, puede ser que aun cayese en mayores absurdos; temo que se pierda, y por eso le acompaño, porque si no necesitase de mi socorro, no me hubiera resuelto á emprender por él esta jornada. Aquí se admiraba mucho mas el turco, viendo que en la ausencia del Conde, y en su presencia, hablaba Miseno con la misma ternura y con el mismo amor, y de aquí infería cuán superior era á aquel hombre á todos los demás; pues sabia tener sujetas de tal modo sus pasiones, como si no las tuviese. Quería continuar la conversacion con él: mas dada la señal para que las tropas se pusiesen en movimiento, fue preciso que se retirase, quedando Miseno solo, entregado á sí mismo, y en país desconocido y bárbaro.

35 Parte el Conde con Efigenia siguiendo su desatino, el Sultan lo tenia siempre á su lado, y se sirve de él con particular estimacion. Su presencia gallarda, su modo agradable, su prontitud para todo, y el ardor militar que brillaba en su rostro y en todos sus discursos encantaban al Soberano. Neucasis le servia de escudero, y como tal servia también á Efigenia, la cual disfrazada con el nombre y traje de soldado, nada desmerecia en el aprecio de sus capitanes. Poco á poco Neucasis, como confidente de sus secretos, iba entrando en la estimacion de Efigenia disfrazada: tenia el veneciano singular arte para observar el flaco de cada uno, para insinuársele sordamente en el corazón: por tanto cuando hablaba á Efigenia la lisonjeaba con una reserva fingida, mostrando que aun no expresaba todo lo que entendia: encareciendo las prendas del Conde, se lamentaba de que no fuesen tantas como ella merecia. Á cada paso le fingia mil peligros en que habia estado de ser descubierta, y que él con su industria los habia precavido. Hacia esto con tal arte y maña, que cautivando el corazón de Efigenia, llegó á ser depositario de todas sus confianzas. Son hijos del amor los celos; y á proporción que Efigenia se dejaba llevar de la pasión hácia el Conde, los negros celos la devoraban las entrañas, temiendo que al Conde lo distrajese la grande estimacion del Sultan. Neucasis no perdía carta con que pudiese hacer baza, y así en vez de disipar encendia mas los celos de Efigenia disfrazada, y con el Conde hacia otro tanto, mordiéndole á Efigenia la fidelidad con industria, y poco á poco. Observad, le decia, que mas es el amor de retirarse á su patria que vuestro amor el que la obliga á este disfraz, y temo que apenas ella se vea en sus Estados, se olvide de vos y os deje. En estos y otros enredos se ocupaban los tres, marchando á paso lento con las tropas.

36 Miseno se veia solo; y agitado de todas las pasiones, contra las cuales trabajaba sin cesar, tomó el camino de la Tierra Santa para buscar en aquellos lugares que la Religion venera alguna soledad en que acabar sus dias.